

vera en su cuarto—quisiera haber sido diez veces mas rico por vos y por Estela; pero despues de mi muerte vos y ella es acordareis de mí.

—Gracias—contestó Don Alonso—no penseis en eso.

Y era que él pensaba ya que era cierto cuanto le habia dicho Martin.

XV.

De cómo volvió Doña Catalina á la casa de Don Pedro.

EL confesor no se hizo esperar, y se encerró con Mejía inmediatamente: Don Alonso tomó su sombrero, y sin decir á nadie nada, se salió á la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

—¿Qué tenemos?—dijo la vieja.

—Tenemos un triunfo completo; he conseguido volver á arreglar un negocio que esta muchacha estuvo á punto de descomponer con su genio violento, y que era nada menos que el porvenir de todos nosotros.

Catalina hizo una mueca, que á no haber estado allí la anciana, le hubiera valido un beso de Don Alonso.

—Contadnos.

—¿Qué tengo de contaros? Don Pedro de Mejía acaba de otorgar en toda forma su testamento.

—¿Y qué dice?—preguntó la anciana.

—Adivinadlo: ¡á quién pensais que deja de su heredero universal?

—A vos—dijo Catalina.

—A su alma—dijo la vieja.

—Nada de eso; á la señorita Estela, su esposa.

La anciana dió un grito de gozo, y los ojos de Catalina se abrieron y brillaron extraordinariamente.

—¿Y eso es verdad?

—Tan verdad, que él mismo me lo ha dicho.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—¿Soy acaso algun tonto? ¿No tenemos un contrato Catalina y yo, al cual ha faltado ella?

—¿He faltado?—dijo alegre la jóven.

—Sí; no haciendo lo que os he dicho.

—Pero prometo la enmienda—agregó la jóven sentándose al lado de Don Alonso, y acariciándole delante de la madre con descaro.

—Así sea—dijo Rivera;—es preciso que os resolvais á ir á la casa de Don Pedro.

—Iré—dijo Catalina.

—Y que le cuideis y le halagueis mucho.

—Lo haré.

—En fin, que muera contento de vos; no vaya el diablo á hacer que se arrepienta.

—Triunfaré del diablo.

—Bien; preparaos, porque luego que se acabe de confesar vendré por vos.

—Os aguardo.

—Disponéos, que muy pronto estaré de vuelta.

—Id, y que Dios os lleve.

—Adios.

Y Don Alonso volvió á salir precipitadamente.

Don Pedro se habia ya confesado cuando Rivera volvió á la casa, y los *Sacramentos*, como se le llama al Sagrado Viático, se debian preparar con gran solemnidad para aquella tarde.

Don Alonso dictó sus disposiciones, y todos los criados se

pusieron en movimiento, y comenzaron á hacerse todos los preparativos.

Martin se presentó á cosa de las dos con Don Alonso.

—¿Estareis satisfecho ya de mí?—le preguntó.

—Sí que lo estoy.

—He cumplido cuanto os ofrecí y podiais desear; Don Pedro de Mejía ha puesto el conveniente arreglo en todos sus negocios espirituales y temporales, y creo que á entera satisfaccion vuestra.

—Así lo entiendo.

—Pero supongo que estareis enteramente satisfecho y contento.

—Lo estoy.

—Porque todo ha salido á medida de vuestro deseo, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—Cumplí como cristiano y como vuestro servidor, y nada se podia apetecer mas.....

—Quereis decirme—exclamó impaciente Don Alonso—¿á qué viene todo eso?

—A nada: queria yo únicamente saber si habeis quedado satisfecho.

—Sí; ¿y qué?

—Nada; que yo aun no lo estoy.

—Bien; otro dia nos veremos; tengo hoy tanto que hacer!

—Nunca está un cristiano tan ocupado que no pueda cumplir una promesa hecha en honor de Dios y en su santo servicio.

—¿Sereis capaz, santo varon, de exigirme que os dé ahora mismo?

—¿Dios me libre de exigir nada! Hablo á vuestra conciencia y nada mas.

—Es lo mismo: entrad á ver al enfermo, porque supongo que á eso vendreis.....

—En efecto, á eso nada mas vengo.

—Y al salir tendreis vuestro dinero.....

—Dios os lo pagará.

Y Martin haciendo una reverencia á Don Alonso, se entró á la cámara de Don Pedro.

Al verle el enfermo, sus ojos brillaron, y procuró incorporarse.

—¿Viene mi hija?—preguntó.

—No, señor; esta noche iré á verla: dedicad todo el dia de hoy tranquilamente á vuestros negocios espirituales, y que nada os distraiga: mañana vereis á vuestra hija.

—¡Ah! quizá me agrave en esta noche, y quiero deciros, si es que no os lo dije ya: si muero, pedid al escribano mi testamento con el nombre de mi hija Doña Esperanza de Carbajal: esta es la órden que le he dado.

—Espero en Dios que os aliviareis.

—Lo dudo.

—Roposad, y mañana vereis á vuestra hija.

Suntuosos fueron los Sacramentos de Don Pedro de Mejía.

El virey, el visitador y la mayor parte de los caballeros de la corte concurrieron á ellos, alumbrando con cirios desde la calle hasta la cámara del enfermo.

El Viático, que lo traia el mismo arzobispo de México, venia en la mas rica de las carrozas de Don Pedro; multitud de hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesion, y mil campanillas de todos tamaños venian por las calles, llamando la atencion de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro de los acompañantes del Divinísimo.

Las señoras salian á los balcones, los hombres se agregaban á la procesion, y la calle y la casa en que vivia Don Pedro estaban literalmente llenas de gente.

Don Pedro recibió devotamente la comunión, y todos esperaban que volviera á salir el señor arzobispo para acompañarle en su regreso; pero apenas acabó de dar la comunión á Mejía, se volvió á los que alumbraban dentro de la misma estancia, y les dijo:

—Me permitireis que hable un momento á solas con el enfermo.

Todos, incluso el virey, se levantaron y salieron de la pieza.

Don Pedro miraba aquello con admiracion.

—Solos estamos—dijo el arzobispo—y quiero revelaros bajo el sigilo sacramental y para tranquilidad de vuestra conciencia en estos momentos, un secreto.

—Escucho á S. Illma.—contestó Don Pedro.

—¿Qué habeis hecho de la dama con quien os unísteis, y de la mujer que se os presentó como vuestra esposa?

—Señor Illmo., esa mujer está en uno de los aposentos de esta casa; en cuanto á la dama, no he vuelto á verla desde la noche de mi desgraciada boda: mi conciencia, sin embargo, me acusa de haber intentado hacerla venir. ¡Perdon, señor, pero yo la amaba mucho!

Y Don Pedro se puso á llorar.

—No lloreis—dijo el arzobispo—porque nada teneis ya de que pedir perdon, ni por qué afligiros; sabed que he averiguado que esa negra no es vuestra mujer, que vuestra mujer murió, y que hace ya algunos años que sois libre.

—¡Señor!—exclamó Don Pedro incorporándose enteramente.—¡Señor! ¿será cierto lo que escucho? ¿es decir que puedo sin pecar hacer que venga aquí Estela? ¡Oh, Dios mio,

Dios mio! ya puedo morir sin remordimientos, ya puedo morir tranquilo!

—Sí, nada teneis ya que pese sobre vuestro corazon; sois libre, y esa dama pudo y puede ser vuestra esposa ante Dios y ante el mundo.

—Estais muy agitado—continuó el arzobispo—y vuestra salud es en extremo delicada; calmaos, y despues que hayais rezado y meditado sobre el Sacramento que acabais de recibir, haced lo que mejor os parezca; que vuestra conciencia quede tranquila; es un consejo de vuestro prelado, y casi una prevencion.

—Obedeceré, Illmo. señor—contestó Don Pedro con resignacion.

—Y hasta el dia de mañana, si Dios os presta vida, no hableis de esto á nadie.

—Así será.

—Ahora, que Dios os envíe la salud si os conviene, ó la resignacion que necesitais para el trance postrimero.

Don Pedro besó respetuosamente el pastoral de S. Illma. y se recogió, pensando, muy contra su voluntad, no en el Sacramento, sino en Estela.

Toda aquella noche la pasó Mejía en las mas profundas reflexiones, y sin embargo de la tranquilidad que sentia en su conciencia, anhelaba por la llegada de la mañana para hablar con Don Alonso acerca del secreto que le habia revelado el arzobispo.

Por fin amaneció, y Don Alonso, que no se separaba ya de la casa del enfermo, entró á verle.

—Don Alonso—dijo Mejía—tengo una gran noticia que comunicaros, una buena noticia para vos que sois mi amigo, y que os interesais por mis negocios como si fueran los vuestros.

—¿Qué hay pues?

—Oid, amigo mio, oid: anoche, despues que el señor arzobispo me administró la sagrada comunión, me ha dicho para la tranquilidad de mi conciencia, que esa negra no es Luisa.

—¿Qué os habia yo dicho?

—Sí, Don Alonso, teniais razon; que no es Luisa, que Luisa murió hace algunos años, que yo era libre, y que por consiguiente Estela es mi verdadera esposa.

—¡Oh, qué felicidad!

—Muy grande, Don Alonso, muy grande; Estela volverá á esta casa como señora, como dueña: vos la persuadiereis, ¿no es cierto?

—Sí, Don Pedro, yo la persuadiré.

—Vendrá, porque quedará convencida de que ella y yo fuimos víctimas de una trama infernal.

—¿Pero cómo supo eso el señor arzobispo?

—Lo ignoro, y no deseo saberlo yo tampoco; bástame conocer el resultado, que bastante feliz soy con ello.

—Teneis razon.

—¿Y cuándo ireis en busca de Estela?

—Cuando vos lo dispongais; vive ahora en la casa de enfrente, que á ella volvió luego que salió libre la señora.

—Entonces hoy, ahora, en este momento.

—Es aún muy temprano.

—No importa; id, id, que estoy impaciente por verla.

—Iré.

—Sí, dadme esa inmensa satisfaccion; de un momento á otro quizá me sorprenda la muerte, y quiero ver á Estela antes de abandonar la vida.

—Voy al momento.

Don Alonso salió precipitadamente, y Don Pedro llamó

á sus criados, se hizo peinar, y mandó disponer la casa como para una gran fiesta.

Era aquella una cosa bien triste; un moribundo disponiendo una fiesta; pero toda la servidumbre se puso en movimiento.

Lázaro el pobre notó aquellos preparativos, preguntó la causa, y nadie pudo darle razon; allí se hacian las cosas porque habia órdenes de hacerlas, y no se preguntaba nunca el por qué.

—¿Será posible—decia Lázaro, ó mas bien dicho, Don César—que para recibir á su hija haga todo esto Don Pedro? ¿Habrà logrado Martin tocar así su corazon? Quién sabe; él me dijo que habia conseguido mucho: voy á verle; quizá sea esta alguna nueva intriga de Don Alonso.

Y Lázaro salió en busca de Martin.

Don Alonso estaba ya en la casa de Catalina; al verle entrar, la hija y la madre advirtieron que su semblante radiaba de alegría.

—Muy buenas noticias debeis traer, puesto que aun en la cara se os descubre el gozo—dijo la vieja.

—Soberbias nuevas; á cada momento se ponen mejor las cosas, y hemos triunfado por completo.

—Explicaos—dijo Catalina.

—El arzobispo ha declarado que la anterior mujer de Don Pedro ha muerto hace ya algunos años, que Don Pedro es libre y que vos sois su verdadera y legítima esposa.

—¿Es decir.....

—Es decir que vos sois ya la señora y dueña de la casa de Mejía, que nadie podrá poner en duda vuestros derechos, que Don Pedro os pide que le perdoneis, y os suplica que paseis á instalaros á su casa como señora.

—¿Y debo ir?

—Por supuesto; sois su mujer, no hay razon para resistirse; él tiene derecho para llamaros, y á vos os conviene ir, y muy pronto; quizá mañana seais ya la viuda de Mejía, y es preciso que os reconozcan antes todos como su mujer.

—Entonces iré.

—Vamos pues.

—Dentro de una hora necesito disponerme y cambiar de traje; quizá llegue mucha gente atraida por la novedad del lance, y debe verme como quien soy.